

QUIEN Y COMO DESATO LO BIEN ATADO

Un hecho es evidente: que lo que se había dicho atado y bien atado no lo estaba tanto, puesto que en gran parte ha sido desatado. ¿Cómo y por quién? El historiador y periodista Ricardo de la Cierva trata en este artículo de responder a esos interrogantes, que pueden explicar no sólo el presente, sino también el futuro, al que será difícil «ponerle puertas».

CUANDO se termina de leer el asombroso libro de Laureano López Rodó "La larga marcha hacia la Monarquía", surgen dos consideraciones entre mil. Primera, que el equipo Carrero—del que don Laureano es portavoz y albacea—consiguiera su objetivo: instaurar la Corona en don Juan Carlos. Segunda, que el objetivo les salió exactamente al revés: la

Monarquía del Movimiento que ellos pretendían liquidó al Movimiento; la Monarquía como salida se les convirtió en Monarquía de entrada; y lo bien atado fue minuciosamente desatado nudo a nudo, sin producir, eso sí, ni una rotura ni un desgarrar en el cordel que, convenientemente restaurado por los técnicos—en este caso los historiadores—, está la casi listo para su respetuosa exhibición en el museo. El propio palacio de El Pardo, sede antaño del máximo poder, es ahora, precisamente, ese museo.

EL cómo se ha desatado el atadizo imponente será objeto de venideros análisis; historiadores brillantes con rentabilidad de oposición—también atada y bien desatada—como los señores Tuñón de Lara y Jackson, sorprendidos poco menos que en paños menores ante la inmensa tarea, dictaminan que no se puede hacer la historia del franquismo: cuando deberían decir, más humildemente, que ellos no se sienten capaces de hacerla, cosa bien distinta. Pero adelantemos, por vía de síntesis rápida, el cómo del desatado: proceso que sobre

el papel se presentaba como insuperable, porque sus protagonistas eran el sucesor personal e institucional; el testamento político; el artifice que trató de imprimir una coherencia formal a lo incoherente, y el último jerarca del partido fascistoide convertido en simple emanación del poder momificado, pero único. Lo primero que hicieron tres de estos cuatro personajes fue deshacerse, tras apurar, eso sí, la comprensión, del testamento y, en la misma carambola, del precursor demócrata dentro del régimen y renovador personalista, mientras montaban una operación de ingeniería política que será pasto de tratadistas como durante siglos.

¿COMO lo han hecho? Primero, cómo lo han podido hacer. La respuesta es clara. Porque han tenido el acierto histórico y la sensibilidad política suficiente para situarse en vanguardia del pueblo español que quería precisamente esto; y en esa vanguardia—sobre la cresta de la primera ola renovadora—han conseguido apartar los obstáculos inevitables, desatar, en posición incomodísima, todos esos nudos arteralmente preparados desde el primero, que lleva fecha de 1947, nada menos. Para este cometido han contado con el apoyo, mucho más que pasivo, de las dos instituciones medulares, la Iglesia y las fuerzas armadas, que sólo impusieron una doble condición tácita: que la reforma fuese decidida y no simple pretexto, la primera; que la reforma se mantuviese en los estrictos límites de la legalidad, las segundas. Los reformadores lo han hecho así. Y han ahogado en sentido común a la dialéctica artificial reforma-ruptura montada por la falta de imaginación de la izquierda capitalina, empeñada durante preciosos meses en montar un 25 de abril cuando el pueblo español pedía simplemente futuro.

¿QUIEN ha desatado lo bien atado? Por lo pronto estas tres personas surgidas del mismo corazón de la historia y de la, por llamarla así, dialéctica del franquismo; el trón dialéctico que pudo salvarse de la inercia. Pero ¿han sido ellos solos? Círculos próximos al señor Suárez con-

Ricardo DE LA CIERVA

(Continúa en pág. sigte.)

QUIEN Y COMO DESATO LO BIEN ATADO

(Viene de la pág. anterior)

ceden una extraordinaria importancia a un informe que le encargó el Príncipe cinco meses antes de la muerte de Franco, en que el señor Suárez trazó un plan político para la transición, incluida la legalización del PCE. Pero todo hace pensar que además de los dos citados—señores Fernández Miranda y Suárez—pueden haber resultado decisivos otros asesores. Un asesor histórico, don Juan de Borbón; un asesor político colectivo, compuesto por varios estadistas occidentales con los que el Rey ha estado en comunicación frecuente, más privada que pública; por ejemplo, los señores Giscard, Kissinger y el Rey Balduino de Bélgica.

SOBRE don Juan de Borbón y su influencia se han apuntado las dos hipótesis; que él ha sido el inspirador fundamental y que no ha pintado absolutamente nada. En favor de la primera se dan los nombres de Luis María Ansón (querido amigo que jamás ha debido publicar su última carta en una revista semanal) y los presidentes del Senado y del Congreso, hombres de don Juan. Personalmente creo que la influencia de don Juan ha sido dinástica y no política; que sus consejos, seguramente menos decisivos de lo que sugieren algunos, no han sido ni metafóricamente constituyentes; y que para situar su noble figura en la Historia habrá que utilizar técnicas de Sófocles más que de Tucídides. Me inclino cada

vez más a ponderar el decidido protagonismo motor de la Corona; a subrayar, ya que hablamos de Sófocles, profundas influencias helénicas (a veces muy beneficiosas) en todo el trance; y a discernir un claro poder orientador para nuestra transición al alto círculo de asesores atlánticos. Pienso que don Adolfo Suárez, cuyos méritos son también históricos, ocupó su alto puesto no tanto por su capacidad de asesorar sino por su presunta capacidad de ser asesorado. No voy a divulgar aquí la interpretación que entonces ofrecía a quien quisiera oírle algún actual ministro del señor Suárez sobre las verdaderas razones del ascenso del señor Suárez, primero porque eso era una calumnia; y segun-

do, porque esto no es el "Franco-Dimanche", por decirlo públicamente. Y por supuesto que ese pequeño "atado y bien atado" respecto del señor Suárez se ha desliado también, y me alegre, más de lo previsto.

EN resolución, que lo bien atado parece ya casi del todo desatado; la moraleja histórica, en espera de mayores precisiones, podría ser ésta: poner puertas al futuro es empresa todavía más ardua que imponérsela al campo. Quizá porque la degeneración de un poder personal, cuando deja pasar la ocasión de una gran renuncia histórica, se agota y se pudre en su propio egoísmo.

Ricardo DE LA CIERVA